

DOSSIER

Para una filología de la imagen

¿QUÉ SERÁ DEL CINE?

What will be of the cinema?

Albertina Carri

Directora, productora y guionista de cine. Realizó también videoinstalaciones y programas de televisión. Es una de las figuras que cimentó el concepto de Nuevo Cine Argentino. Sus largometrajes fueron exhibidos en los festivales de Cannes, Berlín, Toronto, Gijón y La Habana, entre otros. Ellos son: No quiero volver a casa, Los rubios, Géminis, La rabia y Cuatrerros. En 2015 presentó en el Parque de la Memoria Operación fracaso y el sonido recobrado, muestra audiovisual que cruza la memoria personal con los desechos cinematográficos en forma de memoria orgánica. También es la Directora Artística de Asterisco, festival internacional de cine TLGBQI.

Hace unos años hice una muestra audiovisual en el Parque de la Memoria de Buenos Aires, territorio por el que siento un especial cariño porque representa a través de ese monumento que parece infinito, el duelo en errancia al que fuimos arrojados aquellos que no pudimos acceder a enterrar a nuestros muertos. Sin embargo, a pesar de la ruptura de ese pacto que los humanos tenemos con la tierra al entregarle a nuestros muertos para que cuide de ellos y que la dictadura quebró con esa figura siniestra que dejó como huella en nuestros cuerpos: los desaparecidos; el arte ha sido (es) una de las formas de reconstruir aquel pacto, para seguir viviendo. En aquel momento, cuando colgué aquellas obras, varios cineastas amigos me cargaron porque supuestamente había abandonado el cine para inclinarme por el videoarte; género que a ellos les remitía a algo menor, cómo si hubiese dejado al elegante cine por una novia revoltosa y molesta llamada video. Todavía me hace gracia aquella diferencia que marcaban con espanto.

Cada vez que inicio una producción intento que usemos material fílmico; nunca falta la pregunta de si podremos cubrir alguna parte del rodaje en 35 mm, 16 mm o súper 8 mm. La respuesta ha ido variando de articulación pero siempre es negativa y en los últimos años ya llegamos a, ¡ni siquiera hay laboratorios para revelar el material! Lo que a mí me lleva a insistir comentando que los Kaurismaki tienen un laboratorio de 16 mm en Finlandia y que incluso, cómo son fanáticos del 16, se suman a algunos proyectos como productores de los mismos para que la gente pueda volver a filmar en ese bellissimo formato. ¡Finlandia, Albertina! Suele ser la frase final de mis conversaciones sobre el fílmico. Tal vez a mí me gusten los problemas y por eso siempre lo complico todo. Aunque no creo que sea tan literal, ni que me gusten los problemas, ni que siempre lo complico todo. El camino que intento trazar es sobre imposibles y fantasmagorías que tal vez tengan alguna relación con la memoria y el duelo y las luces y sombras que transmiten las pantallas sobre nuestros cuerpos. Potencias vitales de estos tiempos.

Para mí el cine es algo orgánico. Los bloques de tiempo movimiento sobre los que escribió Deleuze para describir al cine, son traslativos a un cuerpo; el cuerpo parlante que desveló a Lacan podría leerse como esos bloques de tiempo movimiento que desvelaron al otro ¿Qué es un cuerpo? ¿Qué puede un cuerpo? Es una de las preguntas que la filosofía se viene haciendo desde los presocráticos y la psicología desde sus inicios; las respuestas son variadas según el sistema epistemológico en que se intente una respuesta. Pero hay un sistema de pensamiento al que me interesa acercarme que es el de Spinoza, para comprender algo de lo que un cuerpo puede y para pensar el cine –aunque en su tiempo tal cosa no existía –, como el devenir de lo sagrado desde nuestra naturaleza puramente profana. *El cine del diablo o el monstruo de novedad cargado de herejía reformista*, según ese extravagante cineasta y filósofo llamado Jean Epstein.

La diferenciación entre cine y videoarte y la extinción del filmico, son experiencias que pongo en paralelo para dar cuenta de la transformación constante a la que estuvo expuesta el arte cinematográfico. Desde sus comienzos hasta la fecha ha sido un medio inquieto y tecnológico que se ha ido reformulando a sí mismo según la humanidad se ha ido desarrollando. Y lo curioso es que las técnicas utilizadas por el cinematógrafo están siempre relacionadas a lo humano. Los soldados de la primera y segunda guerra mundial, se enfrentaban desde las trincheras, exponiendo sus cuerpos en el territorio de batalla. Así mismo nuestras películas se filmaban con cámaras que pesaban tantas toneladas como aquellas ametralladoras, y asistíamos a las salas de cines como los enfermeros asistían a los heridos en aquellas guerras; de cuerpo presente. Hace tiempo que la tecnología es otra, que las cámaras son mínimas (usan gps, tienen sensores nocturnos) y la impresión de las imágenes ya no es sobre un soporte físico que luego será tratado de forma química, sino que la información va a un chip de códec desconocido para la mayoría de sus usuarios. Del mismo modo que las conquistas de territorios y de ideologías se dirimen de otros modos: desde las pantallas, en puestos de control que ven imágenes a través de drones operados por apenas un puñado de humanos o desde puestos de control que aún desconocemos.

¿Qué será del cine? Es la consigna de este texto en un momento donde nos preguntamos a viva voz y en comunidad virtual, es decir en imagen y sin cuerpo ¿qué será del mundo? ¿Nos convertiremos en imágenes? ¿Nuestros cuerpos, devenidos en

transmisores de virus asesinos, serán retirados definitivamente de escena y así seremos solo pensamiento, al menos para la vida en sociedad? Nuestra voz a través de plataformas virtuales, ¿será nuestro nuevo cuerpo en esta era? Retirados de escena ¿cuál es la escena, el escenario del que nos retira el capitaloceno con esta nueva triquiñuela apodada “virus pandémico”? En principio nos retira de los reclamos en la calle, de las fiestas con amigos y de los besos colectivos; de las escenas grupales y transpiradas por la rabia o por lo alegría. De ahí, por ahora, estamos afuera. Un afuera que es un adentro. Un adentro lleno de imágenes que nos llegan a través de plataformas, legales o ilegales, pero nos llegan. Entonces creo que el cine seguirá reescribiéndose y refundándose a través de todos los dispositivos tecnológicos que existen y los que se deben estar diseñando en Palo Alto. Lo viene haciendo desde sus inicios y ha quedado demostrada su capacidad de mutación y su implicancia sobre la vida humana.

Mi preocupación no es por los formatos, viví los 35, 16, 8 y Súper 8 mm, hasta filmé en Doble 8 mm; usé VHS, BetaCam, Umatic, DVD, Mini Dv, Beta Digital, SD, HD, Full HD. Vi películas en todos esos formatos y también en Laser Disc; desde pantallas de mil tamaños, proyectando sobre telas, sobre paredes, con abejas haciendo sombras con sus vuelos sobre las pantallas de los cines de la calle Corrientes ¿Alguien se acordará de esa primavera en que una invasión de abejas llegó a la Ciudad de Buenos Aires y buscando vaya a saber qué, se metieron en las salas de cine y pintaban las películas con sus sombrillas negras que crecían mientras se lanzaban hacia la luz de proyección? No fue por acostumbamiento nada más, pero no le temo a la vacilación de configuraciones a la que nos expone el cine. Mi preocupación es por el lenguaje, aunque formatos y lenguaje están directamente relacionados, porque el cine se ha ido modificando a lo largo de su historia a partir de la ampliación de sus técnicas, también puedo reconocer su capacidad destructiva desde que se inventó el cinematógrafo. Por eso mi angustia siempre es la misma angustia y es la que me arrastra a seguir haciendo películas: ¿cuáles son las imágenes invisibles, esas que no llegan a través de ninguna plataforma, ni desde ninguna pantalla? El mayor de los castigos a los que nos expone esta época es a la desaparición en imágenes: si no estamos ahí, no existimos. El tan famoso *ser o no ser* se convirtió en ser o no ser imagen. Nuestra existencia se volvió dependiente de aquel monstruo de novedad cargado de herejía

reformista. El cine modificó nuestros cuerpos y nuestra existencia; nuestros modos de vida.

¿Cómo todas esas técnicas que fueron modificando nuestra subjetividad impactarán sobre nuestros cuerpos aislados de ese cuerpo social que hace a la comunidad? No lo sé, pero creo que si el cine siempre tuvo un rol social preponderante, hoy más que nunca tiene entre sus manos una responsabilidad cívica, poética y social inmensa. Su gran responsabilidad política. Hace un año en este festival convoqué a hacer una *cine ladilla*, un cine inspirado en una lógica de contagio que se meta entre los intersticios de lo no dicho, de lo no hegemónico; un cine de la desobediencia. Sigo pensando que hacia ahí debería ir el cine, a la búsqueda desesperada y sin aliento de su devenir sagrado desde su naturaleza profundamente profana. Que el cine acompañe la respiración de la singularidad de cada cuerpo y las posibilidades de ser parte de un cuerpo social expuesto a la extinción; para que tal vez a través de esa herramienta tan poderosa la extinción vuele al terreno de la ficción.